

Palabras del cardenal Bergoglio en la presentación del libro: Bianchi E., “Pobres en este mundo, ricos en la fe”.¹

La historia tiene sus ironías. Esta es la primera vez que vengo a la Facultad de Teología (yo no me licencié acá). Y vengo a presentar un libro sobre el pensamiento de un hombre que fue separado de esta Facultad. Cosas de la historia. Esas reparaciones que Dios hace: que la jerarquía que en su momento creyó conveniente separarlo hoy diga que su pensamiento es válido. Más aun, fue fundamento del trabajo evangelizador en Argentina. Quiero dar gracias a Dios por eso. Este libro que hoy presentamos tiene –a mi entender– dos rasgos valiosos que vale la pena resaltar. En primer lugar, nos ayuda a entender teológicamente los modos propios con que expresa su fe nuestro pueblo humilde. Pero por otra parte nos da la posibilidad de conectarnos con el pensamiento de quien fuera uno de los teólogos más fecundos de nuestra Iglesia argentina, y a quien todavía no se lo ha reconocido suficientemente. A partir de estas dos ideas quiero presentar algunas reflexiones.

1. La fe de nuestro pueblo humilde

Lo primero que hay que decir es que la fe siempre es una gracia, un regalo de Dios inmerecido de nuestra parte. Dios derrama permanentemente su amor sobre nosotros y eso es lo que nos hace cristianos. Dicho un poco en lunfardo porteño: Dios nos “*primerea*”, siempre nos “*primerea*”, nos ama primero, nos busca primero, nos espera primero. Y eso es pura gracia. Como dice la Escritura: “este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero” (1Jn 4,10). Dentro de ese marco está la fe, y dentro de ese marco está la fe de nuestro pueblo humilde. Es ese amor el que nos da fuerzas, esperanza y alegría en nuestra vida cotidiana. La fe es nuestra respuesta a ese amor, es encontrar un apoyo seguro en Dios, es entrar en comunión con el misterio de un amor que nos supera y nos envuelve. Esa gracia Dios la otorga abundantemente y de manera especial entre los pobres. A todos la da, pero a los pobres de manera especial. Jesús mismo se maravilla de esa predilección divina cuando dice: “*Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños*” (Mt 11,25).

Históricamente, nuestro continente latinoamericano está marcado por dos realidades: la pobreza y el cristianismo. Un continente con muchos pobres y con muchos cristianos. Esto hace que en nuestras tierras la fe en Jesucristo tome un color peculiar. Las procesiones multitudinarias, la fervorosa veneración de imágenes religiosas, el profundo amor a la Virgen María y tantas otras manifestaciones de piedad popular son un testimonio elocuente. Puebla expresa esto mismo diciendo que *la encarnación del Evangelio en América produjo una originalidad histórico-cultural* (cfr. DP 446). En cinco siglos de historia, en nuestro continente se fue gestando un nuevo modo cultural de vivir el cristianismo, el cristianismo encontró un nuevo rostro.

Cuando nos acercamos a nuestro pueblo con la mirada del buen pastor, cuando no nos acercamos a juzgar sino a amar, encontramos que este modo cultural de expresar la fe cristiana sigue vivo entre nosotros, especialmente en nuestros pobres. Esto fuera de todo idealismo sobre los pobres, fuera de todo pauperismo teologal. Es un hecho. Es una gran riqueza que Dios nos ha dado. Aparecida dio un paso adelante en reconocerla. Primero se hablaba de *religiosidad popular* (se sigue manteniendo el término). Pablo VI da un paso y dice: mejor sería llamarla *piedad popular*. Aparecida da otro paso adelante y la llama *espiritualidad popular*.

.Desde una perspectiva histórica, mirando estos cinco siglos de historia, vemos que la espiritualidad popular es un camino original por el que el Espíritu Santo ha llevado y sigue llevando a millones de hermanos nuestros. No se trata sólo de manifestaciones de religiosidad popular que debemos tolerar, se trata de una verdadera *espiritualidad popular* que se ha de fortalecer por sus *caminos propios*. Después de Aparecida ya no podemos tratar a la piedad popular como a la

¹ **Datos bibliográficos:** ENRIQUE C. BIANCHI, *Pobres en este mundo, ricos en la fe. La fe de los pobres de América Latina según Rafael Tello*, Ágape, Buenos Aires, 2012, 266p.

cenicienta de la casa. Es curioso: en la redacción de Aparecida, entre cuatro y tres días antes de la votación definitiva el documento recibió 2,440 *modos*, que había que resolver en esos días. Curiosamente, el capítulo de espiritualidad popular tuvo dos o tres observaciones pero de estilo, secundarias. Fue respetado tal cual había salido de la comisión en la cual se vio reflejado todo el episcopado que estaba allí presente. Eso es un signo.

No es la cenicienta de la casa. No son los que no entienden, los que no saben. Me duele cuando dicen: “tenemos que educarlos a éstos”. Siempre el fantasma de la ilustración nos persigue, y ese reduccionismo ideológico-nominalista nos lleva a no respetar la realidad concreta. Y Dios quiso hablarnos por realidades concretas. La primera herejía de la Iglesia es la gnosis, que ya el apóstol Juan la critica y la condena. Hoy en día también puede haber posturas gnósticas frente a este hecho de la espiritualidad o piedad popular.

Sobre el tema piedad popular hay en los últimos tiempos dos pilares a los cuales hay que recurrir como fuentes y que no fueron superados: La *Evangelii Nuntiandi* (que como exhortación apostólica sobre la evangelización todavía no fue superada en su conjunto) y Aparecida. Hay que recurrir a esas fuentes. Aparecida retoma y actualiza a la realidad de nuestro continente lo enseñado por Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*.

Les recomiendo que lean los puntos en los que trata del tema. Desde el 258 hasta el 265. Cada uno de esos párrafos merece ser meditado detenidamente. Dice, por ejemplo:

“Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el “que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20). Muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados, no bajan los brazos. Con su religiosidad característica se aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad. También encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio” (DA 265).

También:

“La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una ‘originalidad histórico-cultural’ de los pobres de este continente, y fruto de una ‘síntesis entre las culturas y la fe cristiana’.” (DA 264)

Una última cita, muy importante:

“No podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios”. (DA263)

La piedad popular es la eclosión de la memoria de un pueblo. Es esencialmente deuteronomica. No podemos entenderla sin un encuadre deuteronomico. Y esa *memoria* eclosiona de diversas maneras. Monseñor Tavella, que fue arzobispo de Salta por los años 40, cuenta una anécdota. Entra a su catedral y ve que había un indio rezando muy concentrado delante del Señor del Milagro. Él reza su oficio y el indio seguía ahí, quieto. Eso lo llamó a curiosidad y esperó a ver qué pasaba. Lo tuvo que esperar bastante tiempo hasta que terminó. Entonces se le acercó. “La bendición padrecito” le dijo enseguida el indio. Comenzó a charlar y le preguntó: “¿usted qué estaba rezando?”. “El catecismo padrecito” respondió el indio. Era el catecismo de Santo Toribio (siglo XVI). La memoria de un pueblo.

Una anécdota personal sobre la piedad popular. Durante dos años fui confesor en la residencia de Córdoba. La residencia de la Compañía de Córdoba está en pleno centro, al lado de la universidad. Ahí se confiesan los universitarios, profesores, y gente de los barrios que cuando va al centro aprovecha a confesarse porque el cura del barrio no tiene tiempo para confesar el domingo porque tiene una misa atrás de la otra. Y noté que entre ellos había gente que se confesaba “bien”. No hacía perder tiempo. Decía lo que tenía que decir. Jamás decía una cosa que no era pecaminosa.

No alardeaba. Hablaba con mucha humildad. Un día a uno le pregunté de donde era. Y era de *traslasierra*. La memoria catequética del cura Brochero. Un pueblo que se expresaba así en el sacramento de la reconciliación (me gusta recordar esta anécdota hoy que es el día en que fue reconocido en Roma el milagro del cura Brochero, así que Dios mediante el año que viene lo tendremos beato). La piedad popular es eclosión de la memoria de un pueblo y –repito- debemos interpretarla en un esquema deuteronómico.

La Iglesia ha hecho una opción preferencial por los pobres y eso nos tiene que llevar a conocer ya preciar sus modos culturales de vivir el evangelio. Es bueno -y necesario- que la teología se ocupe de la piedad popular, es el “precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina” nos decía Benedicto XVI al inaugurar la Conferencia de Aparecida.

El padre Tello ofrece un pensamiento teológico sólido en el que podemos abreviar para valorar a esta espiritualidad en sus verdaderas dimensiones. Esto es lo que hace el libro que estamos presentando. Tiene el mérito de ofrecer una reflexión sobre la articulación entre la fe cristiana y las diferentes culturas. El padre Bianchi no se detiene tanto en la descripción de las distintas expresiones de la espiritualidad popular sino que busca una fundamentación teológica de la misma. El punto de partida es pensar al hombre como un ser social por naturaleza. Nadie puede vivir absolutamente aislado, todos los actos de las personas se dan en un ambiente histórico que los condiciona, el obrar concreto está marcado por la cultura en la que se desenvuelve. En la dinámica de la historia, el hombre crea la cultura y la cultura influye en el hombre. En palabras de Juan Pablo II: “el hombre es hijo y padre de su cultura” (FR 71). En esto, la fe no es una excepción. La fe siempre se expresa culturalmente. La aprende el chico de sus padres, de sus maestros, de sus catequistas, de su ambiente. Como decía al comenzar esta exposición, la fe es sobre todo una gracia divina. Digamos ahora que es también un acto humano, y por tanto un acto *cultural*. Por eso puede hablarse de un modo cultural de aprender y expresar la fe. Por eso puede decirse, como dice Tello, que lo que expresan nuestros pobres en su piedad popular brota de una fe verdadera, y que de esta fe también brota una actitud cristiana ante la vida.

Cuando como Iglesia nos acercamos para acompañar a los pobres constatamos –más allá de las enormes dificultades cotidianas- que viven con un sentido trascendente de la vida. De alguna manera, el consumismo no los encapsuló todavía. La vida tiene un destino más allá de esta vida. La vida depende de Alguien (con mayúsculas) y esta vida necesita ser salvada. Todo esto está metido hasta los tuétanos en nuestra gente, aunque sean incapaces de formularlo conceptualmente.

El sentido trascendente de la vida que se ve en el cristianismo popular es la antítesis del secularismo que se propaga en las sociedades modernas. Esto es clave. Si quisiéramos hablar en términos antagónico-agresivos diríamos que la fe de nuestro pueblo es una bofetada a las posturas secularizantes. Por eso, se puede decir que la piedad popular es una fuerza activamente evangelizadora que posee en su interior un *eficaz antídoto frente al avance del secularismo*. Con palabras similares lo expresa Aparecida: “la piedad popular, [...] en el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe” (DA 264).

La Iglesia está llamada a acompañar y fecundar permanentemente este modo de vivir la fe de sus hijos más humildes. En esta espiritualidad hay un “rico potencial de santidad y de justicia social” (DA 262) que debemos aprovechar para la Nueva Evangelización. Como diría el mismo Tello: el cristianismo popular debe ser fortalecido con una pastoral popular.

2. La memoria del padre Tello.

Yo lo conocí a Tello cuando tenía 17 años. En el colegio Carmen Arriola de Marín. En un retiro que dio para jóvenes. Allá me fui yo con mi hermano. En el tren volvimos juntos. Vinimos charlando, habíamos comprado algunos libros y él nos recomendaba cual leer. Ese fue mi primer encuentro con Tello. Después, el penúltimo o el antepenúltimo encuentro fue al mes de ser nombrado

arzobispo de Buenos Aires. Lo fui a visitar a su casa. Charlamos largo. Al final me dijo: "Quarracino me devolvió las licencias, pero de palabra, me falta el papelito, ¿porqué no me lo das vos?". Por supuesto que al día siguiente le mandé a certificar la licencia. Tuve el gozo interior de hacer ese acto de reparación y firmar las licencias ministeriales al padre Tello. Recuerdo muy bien esos dos encuentros.

Quiero ofrecer un acto de justicia a la memoria del padre Tello. Fue una persona admirable, un hombre de Dios, enviado a abrir caminos. Nadie que abre caminos queda sin cicatrices en el cuerpo. Tello tuvo sus dificultades, Tello tuvo heridas, pero se las dejó cicatrizar por su madre, la santa Iglesia. Como todo profeta, fue incomprendido por muchos en su tiempo. Sospechado, calumniado, castigado, dejado de lado, no escapó al destino de cruz con que Dios signa a los grandes hombres de la Iglesia. Hoy en esta Facultad que tanto le debe a su antiguo profesor, quiero hacer memoria agradecida por su vida, que fue un don de Dios a nuestra Iglesia. A 33 años de su retiro y a 10 años de su muerte, su huella sigue viva en sus discípulos y entre nosotros. Durante su vida pública, dispensó generosamente la luz de su sabiduría como profesor de esta Facultad, como perito teológico de la COEPAL y como animador de un sinnúmero de iniciativas pastorales. Tal vez la más conocida de ellas sea la peregrinación juvenil a Luján, que sigue hasta hoy y es uno de los acontecimientos más fecundos de la vida de nuestra Iglesia.

Fueron tiempos difíciles los que le tocó vivir. Las agitaciones de los años 70 constituyeron una verdadera prueba de fuego para los agentes pastorales que trabajaban en los sectores populares. En tal delicado contexto, Tello buscó fielmente caminos para la liberación integral de nuestro pueblo llevando hasta el fondo la novedad evangélica sin caer en los reduccionismos de las ideologías. No lo involucran, no lo comprenden, ni las condenas ni las sospechas de las dos Instrucciones sobre la Teología de la Liberación que sacó la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Hoy, con la perspectiva que nos da la historia, podemos decir sin dudar que la reflexión y la pastoral que alentaba el padre Tello intentaban acompañar la acción liberadora de Dios evitando los extremos del activismo secularizado-politizado por un lado y de la resignación fatalista por el otro.

Buscaba descubrir la acción salvadora de Dios en el pueblo. Así fue que abrió muchos de los caminos que hoy transitamos en nuestra pastoral y supo hacerlo conjugando el empuje profético con el apego a la sana doctrina eclesial. Me llamaba la atención su continuo recurso, verdadero andamiaje de su pensamiento, a la Suma Teológica. En una época en que la Suma Teológica era dejada de lado o que quien decía que daba clases basado en la Suma Teológica era mirado como un bicho antediluviano. Él siempre con la Suma Teológica como referencia de su pensamiento. Entendía como nadie la profundidad y la originalidad de Santo Tomás de Aquino, reflejo de la verdad evangélica, que es "más cortante que espada de dos filos" (Heb 4,12). Tello siempre fue un buen hijo de la Iglesia. No recuerdo haber leído o haber escuchado de él nada contra la Iglesia. La vivía como su madre. Su legado seguirá señalándonos caminos del Espíritu para la tarea siempre nueva de la evangelización en la que estamos empeñados. Hubiera sido una lástima que como Iglesia nos hubiéramos perdido la posibilidad de conocer esta teología de la evangelización para América Latina que desarrolló el padre Tello. En este sentido, el libro del padre Bianchi constituye una grata novedad, al ofrecernos un camino fecundo para vincularnos con su propuesta.

Quiero concluir agradeciendo al p. Bianchi este trabajo, que es fruto de un teólogo, de un hijo fiel de la Iglesia y de un pastor. Tres cualidades que él tiene. Y desearle que siga creciendo en esta fecunda síntesis de vida que, con toda certeza, nos hará bien a todos nosotros.

Buenos Aires, Facultad de Teología de la UCA, 10 de Mayo de 2012
Card. Jorge Mario Bergoglio s.j